

Prólogo

—Sé que esto es difícil para ti y que, con el embarazo tan avanzado, tu esposa se habrá cabreado por que estés aquí, así que voy a ir al grano. ¿Puedes ayudarme a desaparecer?

Callie Ward se rodeó el cuerpo con los brazos para protegerse del impetuoso viento de noviembre que soplaba bajo las farolas del aparcamiento del hipermercado. Miró a Logan Edgington sin dejar de mover la punta del pie con nerviosismo. El antiguo SEAL no tenía motivo alguno para ayudarla, se había portado demasiado mal con él, pero era la única persona que conocía capaz de hacerla desaparecer, esta vez para siempre.

Él cruzó los brazos sobre su ancho pecho y la observó como si hubiera perdido la razón. Ya había perdido todo lo demás, ¿por qué no eso también?

—¿A desaparecer? —Lo vio mirar el reloj—. Es medianoche, Callie, así que sí, Tara no estaba muy emocionada cuando me llamaste. He abandonado mi cálido hogar por lo que tú llamaste un «asunto de vida o muerte», y ahora me dices que lo único que quieres es largarte de la ciudad. Me han dicho que ahora llevas un collar.

De manera automática, Callie se llevó los dedos a la garganta desnuda, echando de menos la familiar joya de oro blanco y su delicado candado.

—Sí, pero...

—Ya sabes cómo funciona esto. Pide ayuda a tu amo.

—Es de él de quien quiero escapar. —Le temblaba la voz.

Fue en el momento en el que Callie se dio cuenta de la magnitud de la traición de su amo cuando comenzó aquella frenética huida. Hasta entonces, todo había sido demasiado cómodo y complaciente. Casi feliz.

Contuvo un sollozo, negándose a llorar. No iba a pensar en que se había enamorado de Sean Kirkpatrick, si es que ese era su nombre real.

La expresión de amo cabreado que cubría el rostro de Logan se suavizó antes de que se inclinara hacia ella, dejándose llevar por su tendencia natural a la protección.

—¿Te ha amenazado? ¿Te ha herido de alguna manera?

No como él imaginaba. Pero ¿qué podía decirle sin descubrir toda su historia?

«¡Mierda!». Lo que se había inventado en las tres horas de viaje desde Dallas a Shreveport no iba a resultar creíble. Logan era demasiado inteligente como para no darse cuenta de las lagunas que presentaría su relato. Además, un terror absoluto como el que ella sentía tenía una manera muy especial de afectar al pensamiento de una mujer.

Iba a tener que confiar en Logan o no conseguiría nada. No era como si él la hubiera perseguido, así que no lo podría acusar de creerse su historia porque tuviera motivos ocultos. Desde que lo conocía, él solo había tenido ojos para su pelirroja Tara, y no era de esos hombres que adoraba al todopoderoso dinero. Logan era un buen tipo, un hombre honrado hasta el final. No podía ser comprado ni la pondría en peligro de manera voluntaria. No tenía mucho sentido que hubiera recurrido a él y luego no contárselo todo.

Si Logan iba a ayudarla, se merecía saber la verdad, pero no se lo explicaría allí.

—¿Podemos entrar en tu coche? Tengo mucho frío. —Y no confiaba en que en el suyo no hubiera micrófonos ocultos.

Parecía que a Logan no le convencía demasiado la cuestión, pero, tras una breve vacilación, se encogió de hombros y la acompañó hasta una enorme *pickup* negra. Apretó el mando a distancia y le abrió la puerta antes de acomodarse detrás del volante pocos segundos después.

—Si ese capullo te hiciera daño, Thorpe no se quedaría de brazos cruzados. No permite ese tipo de cosas bajo su techo.

«Mitchell Thorpe». Callie cerró los ojos y recordó su rostro familiar y severo. A menudo hubiera jurado que leía sus pensamientos con aquellos penetrantes ojos grises. El dueño del club le había ofrecido un trabajo, un hogar, un círculo de amigos, el estilo de vida que anhelaba. Fue el primer hombre al que había amado de verdad, y siempre poseería un trozo de su corazón.

Saber que no volvería a verlo la destrozaba.

—No puedo arrastrar a Thorpe en esto. Es demasiado peligroso. Cualquiera que me conozca se imaginaría que recurriría a él en primer lugar. —Se retorció las manos—. No quiero ponerlo en esa posición. Sin embargo, nadie sospechará que te he pedido ayuda a ti. Todos los que frecuentan el Dominium saben que no soy precisamente tu persona favorita.

Él frunció el ceño.

—Aunque no lo creas, te aprecio mucho, Callie. Eso no quita que piense que eres una sumisa caprichosa y malcriada. No eres capaz de someterte y no confías en tu amo.

Callie respiró hondo e hizo un gesto tembloroso.

—Lo sé. Pero tengo mis razones.

—Todas las sumisas tercas las tienen. Mira, no es asunto mío. Solo te estoy dando mi opinión.

—Créeme, no puedo permitirme el lujo de confiar en nadie. Tú eres mi última esperanza. Me siento mal por recurrir a ti, pero no conozco a nadie más que pueda ayudarme. No tengo a quién recurrir y tampoco puedo volver al Dominium. —Se frotó las manos y cerró los ojos, rezando para no estar cometiendo el mayor error de su vida. Si era así, podría estar muerta al amanecer.

—¿En qué cojones te has metido?

—Mi nombre real no es Callie Ward. Nada de lo que sabes o piensas de mí es verdad.

Él se enderezó en las sombras, su actitud indicaba que no sabía si mostrarse escéptico o en guardia.

—Bien. Entonces, ¿quién eres?

—Mi madre me llamaba Callie cuando era pequeña, pero estoy segura de que me conocerás por mi nombre completo. —Tragó saliva. «Por favor, Dios, que esté tomando la decisión correcta...»—. Soy Callindra Howe.

Logan abrió los ojos como platos.

—¿La Callindra Howe desaparecida en Chicago? ¿La heredera?

Claro que había oído hablar de ella. Su nombre había aparecido en todos los informativos durante los nueve últimos años. Había casi más avistamientos suyos que de ovnis o de Elvis. La pequeña huérfana codiciosa que había matado a su familia por un puñado de dólares, según la prensa. Se rodeó el cuerpo con los brazos. «Si supieran la verdad...».

Asintió con la cabeza.

—Esa misma.

—¡Joder! Es posible que a veces seas un coñazo, pero no eres el tipo de mujer capaz de matar a sus seres queridos.

—¡Gracias! Lo prepararon todo para que pareciera que fui yo..., ni siquiera sé quién lo hizo ni por qué.

La expresión de Logan se volvió vacía.

—¿Por qué debo creer que eres ella?

«Buena pregunta».

Lo único que Callie conservaba de su vida anterior era un huevo Fabergé de su madre, pero Logan no sabía que aquella pieza de arte había sido el orgullo y la alegría de Cecile Howe antes de que un cáncer de ovarios apagara con rapidez su brillante sonrisa. En ese momento no podía corroborar la autenticidad del huevo, que había dejado en la mochila, dentro del maletero del coche.

—Solo tengo la verdad. Te voy a contar todo lo que pasó y espero que me creas, y que, cuando te ruegue que me hagas desaparecer para siempre, sepas por qué es necesario que lo hagas.

—Soy todo oídos. —Logan apoyó el antebrazo en el volante y la miró como una montaña inamovible.

Ella tragó saliva; estaba nerviosa.

—Imagino que sabrás por la prensa que hace nueve años mi padre y mi hermana fueron asesinados a tiros en nuestra casa y que el arma fue encontrada en mi habitación, sin huellas.

—Tu novio pregonó a los cuatro vientos que los mataste por dinero la noche que pensabais huir juntos.

Holden había sido un chico guapísimo, desafiante, salvaje y lleno de grandes ideas. Mirándolo en retrospectiva, pensar en huir con él había sido una estupidez, pero entonces ella tenía dieciséis años y creía en la existencia de las almas gemelas. De hecho, estaba convencida de que él era la suya. Si hubiera pensado en algún momento que terminaría traicionándola por dinero, jamás habría aceptado subirse a su coche aquella primera vez ni le habría entregado su virginidad.

—Estaba dispuesto a decir lo que fuera para cobrar la recompensa que ofrecían por mí —resopló—. Yo era demasiado joven e ingenua para darme cuenta de eso.

»Hacía semanas que planeábamos fugarnos. Su familia no tenía dinero y su hogar era una mierda. Cuando me aseguró que quería que yo fuera su familia, mi joven corazón se derritió. Además, no quería seguir siendo Callindra Howe, me sentía un bicho raro. La

mayoría de las chicas de mi edad iban a clases de baile o trabajaban durante el verano para comprarse un viejo coche destartado. Yo recibía clases de equitación, hablaba francés con fluidez y a los diez años había visitado todos los continentes con excepción de la Antártida. Poseía un fondo fiduciario y me compré un Porsche el mismo día que conseguí el carnet de conducir.

—No suena mal. —Logan arrastró las palabras.

—Si miro atrás, veo que no, pero en ese momento me sentía aislada. Adoraba a mi padre, pero se mostraba muy distante desde que mi madre murió. Y mi hermana pequeña, Charlotte, se había vuelto una rebelde.

—Así que, cuando tu novio comenzó a prestarte atención y te echó un polvo para acercarse a tu dinero, lo consideraste la respuesta a tus problemas.

—Más o menos. —Pensar en lo idiota que había sido todavía le dolía—. De todas maneras, la noche que asesinaron a mi padre y a mi hermana, llegué tarde a cenar. Cuando terminó la cena, le dije a mi padre que tenía que estudiar para un examen. Subí para llamar a Holden y darle luz verde. Poco después de la cena, fingí irme a dormir, como acostumbraba. Lo tenía todo preparado para largarme desde la noche anterior. Cogí mi mochila y estaba metiendo unos artículos de última hora cuando escuché el primer disparo en la planta baja, en el dormitorio de mi padre. Pensé que estaba confundida, que mi hermana había puesto muy alto el volumen de la televisión. ¿A quién se le iba a ocurrir disparar en mi casa? Oí que Charlotte gritaba en el pasillo. —Apretó los puños—. Ella volvió a gritar muy fuerte y se escuchó otro disparo, en esa ocasión mucho más cerca. Ya no la volví a oír. Me asomé a ver si podía ayudarla, pero la sangre... —Apretó los labios—. Mi hermana solo tenía catorce años.

Notó un nudo en la garganta y que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Continúa —dijo Logan, apretándole la mano.

—Quise correr hacia ella, pero el asesino comenzó a recorrer el pasillo. Así que recogí la mochila y salí por la ventana, saltando desde el árbol al suelo. Lo había hecho mil veces. Él me disparó justo cuando estaba levantándome y me hirió en la cadera. La herida me dolía y sangraba, de hecho tardó días en desaparecer, pero corrí para conservar la vida. Holden me esperaba en el coche una calle más abajo y me subí sollozando. Llamé a la policía y les conté todo

lo que había ocurrido. Comenzaron a sospechar de mí cuando mencioné que pensaba fugarme. Me dijeron que fuera a declarar, prometiéndome que solo era un testigo de interés, pero no había pasado una hora y los medios de comunicación ya me consideraban sospechosa. Me sentía demasiado aturdida y asustada para enfrentarme a un interrogatorio; esa etapa la recuerdo como un borrón. No tenía una coartada que pudiera demostrar que no había matado a mi padre y a mi hermana, y tampoco quería enfrentarme al hecho de que mi familia ya no existía. Así que hui.

—¿Nadie sospechó de Holden? Después de todo, si tu padre moría, tú heredarías mucho dinero.

Ella sacudió la cabeza.

—Estaba aparcado frente a la casa de una pareja de ancianos que no le quitaron el ojo de encima a aquel «vagabundo adolescente repantigado en su Mustang destartado» durante más de veinte minutos porque tenía puesto a Usher a todo volumen, y aquel era un barrio pudiente. Estaban seguros de que entraría y los asesinaría en cualquier momento.

Logan apretó los labios hasta que formaron una línea sombría.

—¿Entonces?

—Una hora después, en el aparcamiento de un bar de carretera, intercambiamos el vehículo con el de un chico borracho. El Mustang de Holden por una vieja *pickup*. El joven estuvo de acuerdo. Después nos dirigimos a la frontera de Illinois con Indiana.

Callie no le había contado ni una palabra de eso a nadie. ¡Joder!, durante años ni siquiera se había permitido pensar en ello. Incluso decirse a Logan estaba doliéndole como si le arañaran la piel hasta hacerle sangre. Lo peor de todo aquello era que podía estar abriendo su corazón a alguien que podría no creerla. Alguien que podía llamar a la policía porque era lo más correcto. Si lo hiciera, acabaría en la cárcel, y entonces, ¿quién podía adivinar qué ocurriría a continuación? Solo sabía que no sería bueno.

—Unos días después, tu novio te entregó —recordó él.

—Sí. Yo todavía seguía sangrando por la herida en la cadera, que se había infectado. Holden se enteró de que había una recompensa por mi paradero y llamó. —Y todavía seguía amargada por aquello—. Cuando salí de la ducha a por el champú y lo escuché hablar por teléfono, me vestí, me subí a la camioneta y me largué de allí como alma que lleva el diablo.

—Continúa —exigió Logan.

—A partir de ahí, me dirigí a la ciudad más cercana y me compré un pequeño sedán; pagué en efectivo. Llevaba cerca de treinta mil dólares encima; era el dinero que le había quitado a mi padre para que Holden y yo pudiéramos empezar una nueva vida. Mi padre no llegó a echarlo de menos.

»Como era invierno, me dirigí al sur. Pasé algún tiempo en Kentucky. Cuando la gente comenzó a sospechar de mí, adopté otro nombre, me cambié el color del pelo y seguí hacia la frontera con Tennessee, Mississippi, Louisiana, Arkansas, Oklahoma... Me detenía en cualquier lugar donde pudiera alquilar una habitación durante una semana y obtenía un trabajo, me quedaba hasta que alguien se fijaba en mí, entonces me largaba de nuevo.

—¿Cómo conociste a Thorpe?

—A través de unos clientes mientras trabajaba en un bar de veinticuatro horas, poco después de llegar a Dallas. Algunos todavía llevaban su atuendo de amos a las tres de la madrugada. Sentí curiosidad, así que pregunté y me respondieron. Uno de aquellos amos me invitó a ir al Dominion con él. Le dije que sí por curiosidad. Era un capullo y no pasó demasiado tiempo antes de que Thorpe lo echara con cajas destempladas, pero le rogué que me dejara quedarme. Por fin había encontrado el lugar perfecto para esconderme. Una comunidad secreta donde nadie usaba su nombre real ni se metía conmigo. Allí podía usar otra ropa distinta, cambiarme el peinado o maquillarme y nadie arquearía una ceja. Ninguna de las personas que me habían conocido antes me buscarían en un club de BDSM; de hecho, ni siquiera sabían que existía tal cosa. Thorpe me hizo muchas preguntas al principio, y le respondí con un montón de mentiras. Después de un tiempo, al ver que hacía mi trabajo, y después de prometerle que si pensaba marcharme lo avisaría con tiempo para encontrar a otra persona, me dejó en paz.

—Suspiró, tratando de contenerse—. Luego llegó Sean.

—¿Tu amo?

Notó el aguijón de las lágrimas en los ojos y parpadeó para contenerlas.

—Eso se supone. He esquivado a asesinos y cazadores de recompensas antes y siempre me las arreglé para lograr escapar. Él es un cazador de otra clase; parece decidido a encontrarme de nuevo. Por eso necesito tu ayuda. El hombre que se supone que debe cuidarme y protegerme, el que me suplicó que confiara en él —sacudió la cabeza—, está tratando de matarme.

1

Tres días antes

Callie se estremeció mientras yacía sobre la mesa acolchada. Sean Kirkpatrick le rodeaba la muñeca con una esposa y la aseguraba por encima de su cabeza.

—No sé si podré hacer esto —murmuró ella.

Él hizo una pausa y respiró hondo como si estuviera intentando armarse de paciencia.

—Respira, cielo.

El profundo y suave acento escocés de Sean consiguió que Callie se relajara. Su voz la excitaba y tranquilizaba a la vez, y trató de concentrarse en esas sensaciones.

—¿Lo intentarás por mí? —preguntó él.

Sean seguía con los dedos posados en su muñeca, rozándole el interior del brazo estirado con los nudillos. Como de costumbre, el contacto de ese hombre le transmitía una fuerza pausada. Hacía que sintiera un profundo anhelo. Se estremeció de nuevo, ahora por una razón completamente diferente.

—Sí.

Él sacudió con fuerza la cabeza al tiempo que clavaba en ella aquellos profundos ojos azules que parecían ver todo lo que Callie trataba de esconder en su interior. Aquella penetrante mirada la aterrizzaba. ¿Qué veía en ella cuando la miraba así? ¿Cuánto de cómo era en realidad era capaz de imaginar?

Aquel pensamiento hizo que sintiera pánico. Nadie podía conocer su secreto. Nadie. Lo había ocultado a todo el mundo, incluido Thorpe, durante los cuatro años que llevaba en el Dominion. Por fin había encontrado un lugar donde se sentía segura, cómoda. Sabía que algún día —seguramente pronto— tendría que renunciar a él. Siempre era igual. Pero todavía no, por favor.

«Respira hondo. No te asustes. Sean quiere tu sumisión, no tus secretos».

—Tendrás que hacer algo más que intentarlo. Llevas *intentándolo* más de seis meses —le recordó él con suavidad—. ¿De verdad crees que sería capaz de hacerte daño?

No. Sean no tenía ni pizca de maldad en su cuerpo. No era un sádico. Jamás la ataba demasiado fuerte, ni siquiera le levantaba la voz. Mentalmente le había puesto en broma el apodo de *susurrador de sumisas* porque la llevaba hasta sus límites con una delicadeza que contrabala tan irresistible como insidiosa. Sin duda había conseguido más de ella que ningún otro hombre. Había trabajado de manera incansable hasta ganarse su confianza. Callie se sentía muy mal al no poder darle lo que quería, al pensar que quizá nunca lo conseguiría.

La culpa la atormentaba. Quizá debería hacer que dejara de perder el tiempo.

—Sé que no lo harás —aseguró, mirándolo fijamente mientras deseaba que él la entendiera.

—Claro que no. —Él apretó su pecho contra el de ella al acercarse para ahondar en sus ojos.

Callie no pudo evitar bajar los párpados, dejando fuera al resto del mundo. Aun sabiendo que no debería, se hundió en la tranquilidad que le proporcionaba su suave beso. Cada roce de sus labios la sosegaba y excitaba. Cada vez que él la tocaba, se le aceleraba el corazón. Notaba un hormigueo en la piel. Se le endurecían los pezones. Su sexo se humedecía e hinchaba. Sintió una opresión en el pecho; sería muy fácil amar a Sean Kirkpatrick.

A medida que él enredó los dedos entre sus cabellos, acariciándole la piel de la cabeza, ella suspiró y se fundió en su beso durante un dulce momento. Era lo único que podía permitirse.

La inundó un feroz anhelo. Deseaba que él se quitara la ropa, que la besara con esa determinación que a menudo veía grabada en sus ojos y que se apoderara de ella con el fervor de alguien que se sabía capaz de hacerlo. Pero durante los meses que llevaba someténdola solo había acariciado su cuerpo, jugando con ella y dejándola alcanzar el orgasmo cuando pensaba que lo había ganado. Callie no le había permitido atarla por completo y él no la había llevado a la cama.

No conocer la sensación que suponía tenerlo en su interior, esperarlo y desearlo hasta que su cuerpo palpitaba sin sosiego la estaba llevando a la locura.

Después de volver a rozar sus labios con habilidad, Sean puso fin al beso y alzó la cabeza, respirando con dificultad. Callie se tensó, poco dispuesta a renunciar a él. ¿Cómo había logrado colarse bajo su piel con tanta facilidad? Su ternura le inundaba las venas como una droga, y la había hecho adicta a él de una manera que la aterrorizaba.

—Te deseo. Sean, por favor... —gimió casi suplicante.

Con la mano abierta él le retiró el pelo suelto de la cara. La pena suavizó aquellos intensos ojos azules antes de que dijera una sola palabra.

—Si no estás dispuesta a confiar en mí como amo, ¿de verdad crees que estás preparada para ser mi amante? Te quiero completamente entregada a mí antes de dar ese paso. Lo único que tienes que hacer es confiar en mí, cielo.

Callie cerró los ojos. Aquello era inútil. Quería confiar en él, anhelaba darle toda su devoción, su honestidad, su confianza. Pero los hechos pasados demostraban que jamás lo haría. Sin embargo, él sentía algo por ella, de eso no tenía duda. Sus sentimientos habían crecido de manera inesperada igual que los de ella, con el tiempo un tierno brote se había transformado en una vid robusta en la que por fin había surgido un capullo que esperaba florecer... o morir.

Ella lo sabía. No podía seguir alentando esa vacilante relación de dominación y sumisión, destinada a perecer en un invierno prematuro.

No debería haber aceptado su collar, sobre todo porque debía tratar de mantener a todo el mundo a distancia. Lo más coherente por su parte sería decir ahora su palabra de seguridad, marcharse y alejarse de él. Liberarlos a ambos de ese infierno y no mirar atrás.

Por primera vez en casi una década, le preocupaba no ser capaz de decir adiós.

¿Qué le pasaba esa noche? Estaba demasiado sensible. Tenía que armarse de valor y adoptar su actitud malcriada, fingir que no le importaba nada. Así se había enfrentado a todo durante años, ¿por qué no era capaz de actuar igual con Sean?

—Estás pensando en vez de estar aquí conmigo —la reprendió él con suavidad.

Otra ardiente sensación de culpa.

—Lo siento, señor.

Sean suspiró con pesar, se enderezó y le tendió una mano.

—Ven conmigo.

Callie se estremeció. Si tenía intención de abandonar aquella escena, significaba que quería hablar. Esas sesiones en las que trataba de excavar en su psique eran todavía más dolorosas que las noches sin sexo en las que acababa presa de un anhelo insatisfecho después de padecer su tortura sensual.

Se tragó la frustración y buscó valor en su interior, luego puso la mano en la de él.

Sujetándola con fuerza, Sean la condujo a la parte oculta de la mazmorra del Dominium, a un banco que quedaba en sombras. En cuanto pudo ver el resto de la mazmorra, Callie sintió que él recorría con los ojos su piel ardiente. Ella observó las demás escenas que se sucedían a su alrededor con una mirada de indiferencia; todos parecían perdidos en su propio mundo de placer, dolor, gemidos, sudor y necesidad. Otro barrido más minucioso en la estancia le reveló otra imagen que tuvo el poder de casi hacerla caer de rodillas. Thorpe estaba oculto entre las sombras, mirándola fijamente. A ella y a Sean. Su expresión no era exactamente de desaprobación..., pero tampoco estaba contento.

Sean se sentó y la colocó sobre su regazo, sosteniendo su espalda con un brazo alrededor de su cintura. Él le alzó la barbilla con la palma de la mano y clavó en ella sus ojos penetrantes.

—Mírame, cielo.

Callie obedeció, tratando de no pensar en que cada vez le resultaba más difícil sostener su mirada y no decirle la verdad.

En un principio, había permitido que Sean entrara en su vida porque eso irritaba a Thorpe, que aunque a veces la miraba como si ella fuera la estrella más brillante del cielo, siempre elegía a otra mujer que someter. Había querido ponerle celoso. Dios, había querido saber si ella le importaba algo. Sean entró en el club con su tranquila sofisticación y su humor seco, la miró y ya no se fijó en nadie más. Aquello había hecho crecer su ego, que se sintiera bien, hasta que Thorpe retiró su protección sobre ella y permitió que fuera Sean quien la dominara, alejándose sin ni siquiera pestañear.

Entonces, ¿por qué coño los observaba Thorpe ahora?

—Pareces hechizada por las hadas, Callie. Deja de pensar —gruñó Sean—. Concéntrate en mí o pondré fin a la noche.

Eso sería lo mejor, lo más inteligente. Pero todo su ser se rebeló contra la idea de alejarse de Sean. De hecho, se aferró a su pecho. Después de todo, no sabía si tendría un mañana con alguien.

—Lo siento. No quiero preocuparte.

Él suavizó un poco la expresión.

—¿Qué te pasa?

Callie podría haberle confesado un millón de cosas, pero recurrió a lo primero que le pasó por la cabeza.

—Creo que no me deseas.

Sean le encerró la cara entre sus manos.

—No te haces una idea de lo falso que es eso, cielo. Sueño con colocarte bajo mi cuerpo y hundirme tan profundamente en ti que no puedas olvidar la sensación. Nunca dudes que te deseo.

Sus palabras la hicieron arder.

—¿No crees que el sexo nos acercaría más?

Una sonrisa irónica hizo que curvara la ancha boca, y ella no pudo resistirse a enredar los dedos entre las ondas de su pelo oscuro. Era guapísimo. Sin duda su venganza perfecta ante la indiferencia de Thorpe. No entraba en sus planes que le robara el corazón, y ahora no sabía qué hacer.

—Es una idea tentadora, ¿verdad? Pero me conozco demasiado bien; una vez que empecemos, no me alejaré de ti. Y debemos hacer que la confianza crezca entre nosotros antes de distraernos. Eso seguro. El sexo parece fácil, ¿no?, sin embargo, la verdadera intimidad es complicada. Busco algo más profundo, Callie. Quiero algo real, y no voy a renunciar porque mi polla quiera tomar el mando.

Tenía que haber dado con el único tipo sentimental de una mazmorra de BDSM. Habría estado mejor con alguien que solo quisiera que se arrodillara ante él y le llamara amo, alguien que se limitara a darle una buena azotaina de vez en cuando. Pero, contra toda lógica, eso nunca la había atraído. Se vio capturada por el enorme corazón de Sean, y mucho se temía que terminaría rompiendo tanto el de él como el de ella antes de que todo acabara.

«Quizá esta vez sea diferente. Quizá el pasado no manche el presente. Llevas aquí cuatro años, más de lo que nunca te has quedado en otro lugar. Quizá sea el momento de dejar de huir y solo vivir».

Respiró temblorosa.

—Lo intentaré de nuevo. Lo intentaré de verdad. Dime qué es lo que quieres, señor.

—Esa es mi chica. —Sean la puso de pie y la condujo de nuevo a la mesa acolchada.

Una mirada alrededor demostró a Callie que Thorpe se había marchado. Seguramente era lo mejor. Resultaba demasiado controlador y excitante para ella. Si alguna vez se ponía en sus manos,

conseguiría que le abriera su alma al instante, y no podía correr ese riesgo.

—Tiéndete para mí, preciosa.

En cuanto el magnífico escocés la ayudó a subirse a la superficie acolchada, se tumbó boca arriba. Él le esposó los tobillos con rapidez. Eso no era lo que le daba pánico. Luego le agarró la muñeca y la apresó con una de las esposas. Casi de inmediato, se puso a temblar de nuevo. Apretó los dientes e intentó rendirse a Sean. Lo deseaba. Bien lo sabía Dios.

No se trataba de que no confiara en él. Pero ¿y si la reconocía alguien? ¿Qué pasaba si la policía irrumpía allí? ¿Y si tenía que huir y no podía?

—Cierra los ojos y respira hondo.

Debería estar preguntándose qué haría si fallaba otra vez y él la dejaba esa noche... O para siempre. No quería estar sin él, y la desesperación podía resultar muy peligrosa...

Se obligó a complacerlo. Al instante, se agudizaron sus otros sentidos. En una esquina alejada, una mujer disfrutaba de un ruidoso orgasmo. En una de las cruces de San Andrés cercanas un sumiso gruñía al recibir cada latigazo de su ama. En un lugar cercano, escuchó hablar en voz baja a uno de los celadores de la mazmorra. Callie se forzó a respirar poco a poco hasta que todo desapareció gradualmente. Los estruendosos latidos de su corazón hicieron que se concentrara solo en Sean.

—Bien, ¿cuál es tu palabra de seguridad? —canturreó él, inclinándose sobre ella.

—Verano. —Tragó saliva. Echaba de menos a ese caballo. La yegua marrón que fue su constante compañera después de la muerte de su madre. Sin duda, ahora ya estaba muerta, y ella jamás había tenido oportunidad de despedirse de su gran amiga de cuatro patas.

Dejó escapar un jadeo entrecortado.

—Excelente —la alabó él mientras ataba su muñeca esposada a la mesa.

Callie se tensó de pies a cabeza y contuvo la respiración. Los latidos de su corazón se intensificaron todavía más. Comenzaron a sudarle las palmas de las manos. El miedo y la emoción se mezclaban en un cóctel embriagador que era como droga en sus venas.

—Estás haciendo muchos progresos. Estoy orgulloso de ti. —Sean le acarició la mejilla—. Relájate. Confía en mí. Ponte en mis manos.

Sonaba genial... y tentador. Se plegó a su contacto, sintiendo una oleada de devoción que no era más que un desperdicio.

Callie no era una de esas mujeres que no sabía por qué su alma necesitaba someterse. No hacía falta ser Freud para comprender que para una joven que se había pasado casi una década siendo la única responsable de su bienestar, luchando a vida o muerte, suponía un alivio descargar todo eso en los hombros de una pareja dominante. Por supuesto, también querría que su familia estuviera viva y a salvo. Siempre quería lo que no podía tener.

¡Joder! Tenía que olvidarse de toda esa compasión y entregarse a Sean todo lo posible. Al día siguiente se disculparía por no ser lo que necesitaba y cortaría los lazos entre ellos antes de que hubiera perdido cualquier control sobre su voluntad. Por supuesto, tendría que mentir, y le desearía que encontrara a otra sumisa que pudiera ser su verdadero amor. Observarlo sería demasiado doloroso para ella, así que tendría que marcharse. Lo más triste era que Thorpe tampoco la echaría de menos. Nadie lo haría. Justo como ella había planeado.

Aquella certeza le destrozó el corazón.

Callie había ignorado ese hecho durante meses. Se había permitido comprometerse emocionalmente de una manera bastante relajada. Sean quería hurgar en su psique y, si no tenía cuidado, no tardaría en sumar dos y dos. Las preguntas que le hacía ya la ponían nerviosa.

Quizá había llegado el momento de abandonar el Dominium. No, sabía que tenía que marcharse. Tenía que dejar todo atrás. Hacer el equipaje y seguir adelante. Cuanto antes mejor.

—Callie... —La voz contenía una seria advertencia.

Ella emitió un suspiro y borró cualquier pensamiento de su mente, centrándose en su presencia, en la necesidad de someterse a él esa única vez antes de abandonarlo para siempre.

—Estoy bien, señor. —Levantó el otro brazo antes de perder el valor, ofreciéndole toda su confianza.

—Por último... —Él cerró los dedos alrededor de su muñeca, acariciando con el pulgar la vulnerable piel del interior del brazo antes de sujetarlo con la esposa—. Gracias, cielo. Verte sometida a mí hace que me parezcas todavía más hermosa. Tu confianza resulta embriagadora.

Y la asustaba de muerte.

—Ya sé que no es mucho...

—Shhh... Viniendo de ti, está bien. Sé lo difícil que te ha resultado.

—¿Puedo abrir los ojos un momento?

Él se detuvo.

—¿Necesitas verme?

Callie asintió, frenética, luchando contra el insidioso pánico que inundaba sus venas.

—Entonces, ábrelos. Iremos poco a poco.

Abrió los párpados y lo miró como si fuera el foco en aquella mazmorra brillante. Mandíbula cuadrada, barbilla afilada, perilla oscura, nariz fuerte, cuerpo musculoso. Entre sus espesas cejas había un surco casi permanente y una pequeña cicatriz bajo la esquina del ojo derecho; si fuera otro tipo de hombre, Callie habría jurado que había sido provocada por una bala. Resultaba masculino y agresivo de la cabeza a los pies, pero la trataba con inmensa ternura. Si hubiera pedido al hombre perfecto, le habrían dado a Sean. Él tenía que haberse preguntado más de cien veces qué había hecho para ser objeto de su desconfianza, y la idea la hizo sentirse triste.

Si quería saber de una vez lo que se sentía sometándose por completo, lo que Sean sentiría, antes de cambiar de nuevo de identidad, iba a tener que ser ahora. Era así de sencillo.

—Gracias —murmuró.

—Ahora voy a vendarte los ojos.

Era una perspectiva aterradora... pero se sentía preparada para aceptarlo. Además, su oído la había salvado la noche que su familia fue asesinada, la noche que la traicionó Holden.

—Sí, señor.

Sean le acarició el cuello, deslizando los dedos por su clavícula hasta los pechos, donde estudió el arrugado pezón cubierto tan solo por una fina capa de algodón blanco casi transparente.

—Estás complaciéndome gratamente.

Y él también la agradaba. Callie anhelaba todo lo que él quería mostrarle, así que sonrió y alzó la cabeza para que pudiera colocarle la venda de seda negra, que parecía una máscara para dormir, encima de los ojos. Sintió su peso ligero y no amenazador. Luego él le apretó la mano y ella devolvió el gesto.

—¿Alguna vez has estado esposada y con los ojos vendados?

—No del todo. Y solo como demostración.

En realidad había protagonizado escenas con muy poca gente.

Logan Edgington siempre había querido ponerle el culo rojo para corregir su mal comportamiento. Su amigo Xander había disfrutando excitándola, pero jamás había estimulado su corazón, solo su cuerpo. Había pasado algún tiempo con otros amos residentes en el Dominium con resultados similares. Eric tenía una fascinación por las mordazas de bola que la hacía estremecer. Zeb sentía una incompresible excitación por los pies; se los había mordisqueado hasta ponerla enferma. Jason no solo había sido un purista del protocolo, sino también un gran admirador del Shibari, el arte japonés de las ataduras. Ella había tardado menos de cuatro minutos en gritar su palabra segura. Luego estaba Thorpe... que era único. Y estaba fuera de su alcance.

—¿Como demostración? —Sean parecía sorprendido.

Ella asintió.

—Sí, pero hace dos años que no participo en ninguna.

No lo hacía desde aquel diciembre en el que Thorpe le había pedido que le ayudara en una para, a continuación y a puerta cerrada, estallar en una maraña de brazos y labios, suspiros y ropa desechada. Había acabado húmeda y preparada, desesperada por él, desnuda en su cama. Pero él se había alejado bruscamente sin una explicación, comportándose después como si no hubiera ocurrido nada. Ni siquiera ahora sabía por qué la había dejado. Jamás le había vuelto a pedir que le ayudara en una presentación.

Aquello ya no le importaba. Era agua pasada. Ahora solo pensaba en Sean.

—¿Entonces fuiste capaz de soportar las ataduras porque estabas segura de que te liberarían si fuera necesario? Si ese es el caso, ya sabes que los vigilantes de las mazmorras me cortarían las pelotas al instante si pensaran que estoy haciéndote daño.

—Lo sé. —Eran muy protectores con todas las mujeres del club, pero sobre todo con las compañeras de trabajo.

—Bien, ¿entonces? —La rápida respuesta de Sean le hizo preguntarse cómo había logrado permanecer atada en una simple demostración de sumisión cuando apenas podía tolerar que se lo hiciera alguien en quien quería depositar toda su confianza. La única explicación que se le ocurría era que fue Thorpe quien la sometió, y en él confiaba más que en ninguna otra persona. Él conocía sus caprichos y los había sabido sortear.

Pero odiaba que Sean pensara que no confiaba en él. Se aferró a la primera explicación que se le ocurrió.

—Como es lógico, sé que tienes razón. Por desgracia, la lógica no siempre entiende de razones, es como las fobias.

Él no respondió al momento, se entretuvo pasando el pulgar una y otra vez sobre el pezón hasta que ella se estremeció y deseó que él le arrancara la ropa y la follara. Llevaba meses anhelando que lo hiciera.

—¿Siempre ha sido así?

—Desde que practico BDSM. —Aunque había mentido a Sean a menudo, siempre intentaba mantenerse lo más cerca posible de la verdad.

—¿Sabes qué provoca tu miedo, cielo? ¿Es algo que te ocurrió en el pasado?

Contuvo un resoplido. «Por supuesto».

—No responde a nada concreto.

No era totalmente mentira, solo una constatación de que verse inhibida de una manera tan severa le impediría huir si la acusación de asesinato volvía a alcanzarla.

—¿Estás segura? Háblame de tu infancia. Quizá haya algo en ella que podría ayudarme a entenderte mejor.

«¿Otra vez?». Sean le había pedido al menos veinte veces desde que le había puesto su collar que le hablara de sus años de formación. Ella se las había arreglado para decirle que era una huérfana del centro del país. Una vez más, no había mentido..., solo que no era la verdad absoluta.

Callie apretó los puños.

—Cuanto más hablamos, más nerviosa me pongo. Por favor...

—Vamos a terminar esta conversación, cielo.

No, no lo harían.

—Sí, señor.

Sean suspiró.

—Lo estás haciendo muy bien, así que voy a recompensarte.

Se inclinó sobre ella y le acarició los hombros con sus grandes manos. Luego, comenzó a soltar con dedos ágiles el corsé que le oprimía la cintura. Comenzó a desatarlo bajo los pechos, aflojando lentamente la tela pero sin apartarla de su cuerpo. La prenda le proporcionaba apoyo suficiente bajo los senos para no necesitar sujetador. Cuando arrancó la fina camisa que había puesto debajo, y ahuecó las manos sobre sus pechos con reverencia, ella gimió, mostrándole lo mucho que le gustaba.

—Siempre estás tan hermosa, Callie.

Era imposible no percibir la adoración en su voz. Ningún hombre la había hecho sentirse tan deseada.

Sean comenzó a tirar de sus pezones, pellizcándolos con suavidad y estirando las puntiagudas protuberancias para controlar el flujo de sangre. En el momento en que los liberó, la sensación la inundó. Los duros e hipersensibles brotes se erizaron todavía más y ella gimió.

Luego él se inclinó sobre ella y respiró con fuerza junto a su oreja antes de besarla en el cuello, mordisqueando su piel hasta que se estremeció sin control. Se sentía vulnerable, pero de una manera deliciosa, incapaz de detener lo que le hacía sentir. El placer era liberador y él podía combinarlo con dolor. A ella no le quedaba más remedio que aceptar lo que él eligiera.

Hasta ese momento, aquel acto estaba resultando tan emocionante como había imaginado. Sí, mucha gente podría pensar que estaba enferma, pero por mucho que lo hubiera temido, rendir su voluntad a Sean la hacía sentir adorada. Y le excitaba, sobre todo cuando él depositaba suaves besos sobre sus pechos expuestos. Él jugueteó con su boca junto a los pezones, por debajo y justo encima. La hizo jadear y contener la respiración para soltarla bruscamente cada vez que erosionaba su piel con dulces mordiscos.

Ella gimió suplicante y arqueó las caderas hacia él, esperando que él se diera cuenta de que debajo de la diminuta minifalda negra solo llevaba un trozo de encaje sobre su sexo empapado.

Sean puso la palma de la mano justo encima del monte de Venus y apretó hacia abajo.

—Te prometí una recompensa, cielo, no un orgasmo. ¿Tengo que castigarte para que lo entiendas?

Él la había azotado varias veces, pero ella no lo había considerado un castigo. Por el contrario, el fuego que liberaba bajo su piel iba derecho a su clítoris, haciéndolo palpar con implacable deseo. Siempre perspicaz, Sean se había dado cuenta de que hacerle caso omiso o actuar con absoluto desinterés era lo más eficaz para cambiar su comportamiento. Cuanto más le importaba, más la destruía decepcionarlo.

—No, señor. —Solo quería disfrutar todo lo que le permitieran los sentidos.

—Preferiría no hacerlo. Tengo planes especiales para ti, pero necesito que seas paciente. —Lo oyó reírse entre dientes—. Aunque sé que te parecerá una tortura, haré que valga la pena.